

más allá
de la
penetración

martin
page

traducción de Tiphaine Richard



monstrograph

Martin Page

Más allá de la penetración

Traducción de Tiphaine Richard

Miramos a nuestro alrededor, observamos nuestras vidas y vemos que ciertas cosas siempre se nos han dado como normales. Nadie las cuestiona. Son naturales, que parece ser la palabra mágica para justificar una parálisis de la mente.

Nuestras ideas están guardadas en estanterías, forman parte del decorado, no les prestamos atención y, sin embargo, algunas nos oprimen. Pero como estamos bien educados para no ser libres, no notamos ese peso sobre los hombros que nos estorba.

¿Y si dejáramos de lado estas ideas? ¿Por el dolor que a veces infligen, pero también por simple gusto por la desobediencia, por pura alegría y atracción por la aventura? Es un gusto perturbar el mundo, levanta polvo y sacude el suelo. Entonces se pueden iniciar los bailes.

Todo comienza con lo que parece una buena noticia. Heredamos la sexualidad como heredamos una casa de hormigón armado. Es una ganga, no vamos a rechazar este regalo, nos deslizamos en él, bastante contentos (parece sólido), bastante tranquilos también de vivir donde vivían nuestros padres y antepasados. Retomamos sus posiciones y acciones, es una forma de seguir tejiendo un vínculo y estar con ellos. Estos gestos son preciosos para nosotros, los hemos recibido. Continuamos un movimiento inmemorial y general.

De vez en cuando aportamos variaciones a la norma sexual, nuevas posiciones, sugeridas por los libros, periódicos y películas, por nuestros compañeros. Pero al final es como si simplemente hubiéramos añadido una extensión a la casa de hormigón. La aventura se estanca. Nada cambia realmente, los muros de hormigón siguen ahí. A pesar de los titulares de las revistas y de los sitios web, no hay nada nuevo bajo el sol. Es una perturbadora peculiaridad del sexo: fingimos creer en la subversión, parecemos divertidos y excitados, pero reina el conservadurismo, repetimos lo que hemos heredado, reproducimos dócilmente las mismas coreografías. La sexualidad tiene ese extraño poder de hacer que el conformismo y la obediencia a las normas sociales más caducas y coercitivas parezcan provocativas y de moda.

La sociedad está llena de conversaciones sobre el sexo, pero no se dice nada nuevo al respecto. Hablar de la sexualidad heterosexual fuera de los tópicos es poco común y complicado.

Así, la penetración reina. Se considera natural. Nadie la ve como algo construido socialmente. Al fin y al cabo, los animales se penetran unos a otros, los machos a las hembras y los machos a los machos. Así es el mundo. El placer y la reproducción nos animan a ello, la naturaleza y la cultura nos invitan a hacerlo. También nos llevamos la comida a la boca. El cuerpo es, por tanto, el lugar donde dejamos entrar cosas y del que salen otras. ¿Por qué deberíamos cuestionar

esta circulación, este estatus de intercambio de autopistas de nuestra anatomía?

Hay un pene, hay una vagina, el ser humano es lógico, decide encajarlos. Ve un clavo: le pega con un martillo.

Si los humanos descubrieron que, a pesar de sus piernas, pueden sentarse y meditar, que tienen la capacidad de no caminar, en cambio les cuesta ver que, a pesar de toda la parafernalia disponible para la penetración, pueden no penetrar, e incluso obtener placer y pensamiento de ello.

Creo que podemos esperar algo mejor de esta especie de animal tan segura de su naturaleza inalterable y de sus obviedades. Al fin y al cabo, a veces rodea el muro que considera real (así ha sucedido últimamente con el crecimiento económico, el consumo de carne, el capitalismo o esas prácticas anticuadas de no quitarse los zapatos al entrar en una casa, poner azúcar en el café o nata montada en los tomates). A veces muestra cierta capacidad para cuestionar sus creencias más arraigadas. Así que seamos optimistas.

Tengo que ser honesto. Escribo este artículo criticando la penetración y, sin embargo, me encanta.

Me encanta el acto de la penetración. Me da mucho placer. Es muy "diosmíodemialma".

Amar un acto no impide cuestionarlo y criticarlo. La mente no debería apoderarse sólo de los disgustos, pues de lo contrario pierde objetivos importantes. Critiquemos nuestros placeres y alegrías, critiquemos nuestros orgasmos y gozos, ahí también hay cárceles y trampas.

Evidentemente, este deseo de pensar en la penetración se lo debo a las mujeres. Son sus palabras y sus reacciones las que me hicieron tomar conciencia de que había que reflexionar.

La penetración es muy atractiva, este práctico sistema de encaje recuerda a los juegos de construcción. Es tan obvio. Al ser humano le gusta el orden, coloca, le enseñaron a hacerlo, al fin y al cabo lleva haciendo puzzles desde pequeño. Y qué placer, ¿verdad? ¿Placer para el que penetra? La mayoría de las veces. ¿Placer para la que es penetrada? No tanto.

Hablar de sexualidad no es fácil. O mejor dicho, sólo parece posible un discurso: es necesariamente agradable y emocionante. Tampoco es obvio hablar de las molestias causadas por las relaciones íntimas, o de la falta de deseo de una práctica. No sonamos en sintonía con el mundo contemporáneo. Tanto es así que no correrse, no correrse bien, no correrse lo suficiente, no tener ganas de correrse (durante un tiempo o todo el tiempo), dan la sensación, entre los heterosexuales al menos, de ser culpable. Eso no está muy bien. No echar un polvo (porque uno es asexual, por ejemplo, o porque no tiene necesidades importantes, por mil razones en realidad) es vergonzoso. Digamos que "follar mal" (es decir, de forma diferente) o follar con dolor, o sufriendo una discapacidad tampoco es audible.

Recuerdo haber cenado con una pareja de amigos (llamémosles Jeanne y Serge). Hablaba de mi deseo (entonces todavía muy abstracto) de escribir sobre la penetración cuando Jeanne dijo que

pensaba que a muchas mujeres les iría bien sin ella. Serge y yo nos quedamos sin palabras, boquiabiertos, curiosos, como los dos machos tontos que somos con demasiada frecuencia.

Hablé del tema de la penetración con otras amigas cis y me di cuenta de que el ritual no es necesariamente sencillo, que las mujeres tienen un punto de vista diferente y más complejo sobre el tema que los hombres. Tienen mucho que decir si estamos dispuestos a escuchar. Ser un hombre a menudo significa tomar nuestro punto de vista dominante como el reino natural de las cosas. Siempre deberíamos sentir un poco de recelo al ser un tío y admitir que es el momento de jugar contra nuestro propio bando, y cuestionar nuestras obviedades.

Continué mi investigación, hice preguntas y escuché.

Algunas mujeres me hablaron de dolores y molestias. A veces la penetración demasiado temprana (porque se habla de eyaculación precoz, pero ¿quién habla de penetración precoz?) no dio tiempo a que la lubricación y el deseo se afianzaran. A veces la lubricación natural no es lo suficientemente importante, un gel en complemento sería necesario, pero ahí también el gesto de comprar lubricante no es sencillo para todos. Conozco a personas que ponen botellas de este producto en su carrito de supermercado como si pusieran ensalada o champú. Para otras es más complicado. Una amiga me contó que tardó en hablar de la necesidad de un gel lubricante con su pareja porque se avergonzaba de no mojar lo suficiente y de usar una ayuda (esto podría verse como el equivalente a que un hombre utilice Viagra). Se sentía culpable. No normal, no lo suficientemente buena. No lo suficientemente deseable, no lo suficientemente deseosa. Ya es hora de deshacerse de esta culpa y escribir odas a los geles lubricantes (y encontrarlos en todas partes, en cada tienda, panadería, oficina de correos, floristería, cafetería, librería), dejar que se conviertan en algo normal y alegre. Deshagámonos de una vez por todas de esa idea destructiva de que "no es natural" es un argumento válido. Lo mismo podría decirse de los juguetes sexuales: es difícil entender por qué su uso no está más aceptado y extendido, por qué no están en todas partes (de nuevo, algunas personas critican los juguetes sexuales porque "no es natural, ¿no se necesitan instrumentos para hacer el amor!" De hecho, no usan nunca herramientas, comen sin tenedores ni cuchillos por ejemplo, no llevan gafas, zapatos ni ropa, escriben sin bolígrafos ni ordenadores, sino con los dedos directamente en tablillas de arcilla).

La ansiedad, el cansancio, las enfermedades físicas, el recuerdo de relaciones sexuales insatisfactorias en el pasado, una agresión sexual, la presión, la ansiedad por el rendimiento pueden provocar una penetración dolorosa. Los microdesgarros, las lesiones, los hongos y las infecciones también son una realidad.

Y a veces, simplemente, a las mujeres no les gusta especialmente, no sienten el increíble placer que se les dice que deben sentir durante este acto. No sufren de nada, ni lesiones, ni enfermedades, ni miedo, simplemente no es lo más interesante para ellas en términos de sexualidad.

Es simplemente ameno, si no poco interesante. Prefieren el cunnilingus con caricias, una suave penetración digital, el toque de un vibrador o un succionador de clítoris. También les gustaría que su pareja fuera más experta en el manejo de la lengua y de los dedos.

Algunas amigas mías me dicen que podrían prescindir de la penetración durante un tiempo o para siempre. Pero la aguantan de todos modos para ajustarse a la norma: hay que hacerlo. No quieren decepcionar a sus parejas y amantes. Y luego algunas de sus amigas hablan de sus fantásticos orgasmos vaginales (de hecho: se trata de orgasmos clitorianos; podemos ver que el error de Freud -la falsa distinción entre el orgasmo clitoriano, visto como "infantil", y el vaginal, visto como completo y maduro- sigue haciendo daño, pero Freud no es el único responsable, estaba en sintonía con la época, la sexualidad femenina fue caricaturizada por toda la profesión médica hasta hace muy poco, y aún lo es)... Así que, por supuesto, las que no tienen estos orgasmos tienen un problema, ¿no?

Algunas mujeres también aceptan el sexo anal aunque no lo deseen. Está de moda, así que se sienten conservadoras y culpables por negar un placer que su pareja desea. Ostras de canela de trementina, qué tragedia.

La competencia, el rendimiento, la comparativa de mercado, la comparación irrigan el discurso (masculino y femenino) sobre la sexualidad. E hieren y humillan.

A veces la penetración simplemente no es posible, o es dolorosa o complicada. Porque el cuerpo la rechaza (por razones psicológicas, por vaginismo, endometriosis, vestibulodinia, neuralgia pudenda, por una violación, por un parto reciente, por malas experiencias vividas o simplemente por falta de ganas y de deseo), porque el hombre tiene problemas para empalmarse (por razones psicológicas o fisiológicas, porque sufre de cáncer de próstata, porque tiene miedo de entrar en el cuerpo de otra persona, porque está intimidado, cansado, porque prefiere otras prácticas).

Una amiga me contaba que el problema de la penetración vaginal es que necesariamente implicaba la anticoncepción y que le costaba a las mujeres. Es una carga mental adicional, una responsabilidad, algo en lo que pensar. Y luego están las consecuencias: la inserción de un DIU ("dispositivo intrauterino", en sustitución de la inapropiada palabra "bobina de cobre") puede ser dolorosa, hay que pedir cita con un ginecólogo (y no siempre se reembolsa totalmente), las píldoras hormonales suponen un mayor riesgo de accidentes vasculares, sequedad vaginal, pérdida de libido, por no hablar de la píldora del día después y el estigma que conlleva. Existe la posibilidad de que el preservativo se rompa y, por tanto, el miedo a quedarse embarazada o a contraer una infección o enfermedad de transmisión sexual (cabe señalar que el sexo oral también conlleva riesgos; hay tres formas de protegerse: preservativos, barreras bucales o lencería tipo Loralis).

La penetración, por implicar anticoncepción y riesgos, es costosa para las mujeres, en todo los sentidos de la palabra.

La pregunta es: ¿hay prácticas obligatorias? Si en una pareja, la penetración (o cualquier otra práctica sexual) no fuera (o dejara de ser) posible (o no fuera o dejara de ser deseada), ¿sería realmente una tragedia?

Si mi pareja ya no quiere ser penetrada, si mi pareja ya no se empalma, ¿es necesariamente el fin del deseo y del placer? ¿O es una oportunidad para ser creativos?

Tengo la impresión de que estamos perdiendo de vista una realidad: la sexualidad no se limita a un órgano y a un gesto. Puede adoptar muchas formas, no debería ser reducible, limitarse a "es eso o nada". Pensar que la penetración es obligatoria, que la felación es el cemento de la pareja, que tal o cual acto es necesario me parece una forma triste, destructiva y poco imaginativa de ver las cosas.

Deberíamos valorar a las parejas que no toman la vía clásica (y también a las que no son pareja: la fisonomía de las relaciones sentimentales y sexuales es, afortunadamente, amplia y compleja). Una persona que rechaza la penetración no debe ser estigmatizada, burlada, y una persona que desea prácticas inusuales o que parecen fuera de la norma tampoco debe ser desacreditada. Me gustaría que se borraran de nuestras caras las pequeñas sonrisas prejuiciosas, burlonas, condescendientes y victoriosas que suelen aparecer cuando hablamos de sexualidad, y ese impulso de normalización y silenciamiento de todo lo que es diferente. Desechemos los juicios de valor sobre los diferentes tipos de placer, dejemos de pensar que el orgasmo del clítoris obtenido a través de la penetración vaginal es superior a los demás. Dejemos de pensar que es "el Santo Grial", como leí hace poco en una revista. Esta metáfora religiosa aparece a menudo y no puedo evitar pensar que esta imagen tiene más que ver con hacer sentir a las mujeres culpables que con lo sagrado (utilizar la imagen de la copa que recogió la sangre de Jesús para hablar del placer femenino es, de todas formas, un síntoma magnífico y lamentable), porque claro que las mujeres son culpables de no tener un orgasmo, su periné no está lo suficientemente musculado, no están lo suficientemente relajadas, no tienen suficiente deseo. La culpa es de ellas, no son lo suficientemente mujeres. Y eso no es todo: descubro en una revista que, al parecer, hay algo aún mejor (mejor para decirle a las mujeres que nunca serán lo suficientemente buenas): el orgasmo cervical.

Ostras de kanelbullar de plutonio.

La presión sexual ejercida sobre las mujeres es la continuación de un abuso milenario, antes religioso, ahora secular y de moda. También se observa en el aumento del número de operaciones para estrechar la vagina y reducir los labios menores.

Corresponde a aquellas personas cuya sexualidad es común y socialmente alabada apoyar y valorar la expresión de las diferentes sexualidades que, de otro modo, son silenciadas, vistas como vergonzosas, fallidas, inferiores. Hay una responsabilidad por parte de las y los que están del lado

de la norma (y a veces muy dentro de ella). La sociedad está llena de discursos a favor de la penetración. Está bien, lo entendemos. Escuchemos a los demás. Dejemos de pensar que nuestro gusto es el bueno y la verdad. Quiero decir: durante mucho tiempo fui ese idiota que siempre alababa la penetración. Esa era el objetivo, eso era lo mejor. No me daba cuenta de que estaba contribuyendo a sofocar otras voces más tímidas, diferentes y no menos interesantes. Ayudaba a limitar las prácticas y los placeres.

Hipótesis.

La penetración vaginal es la llamada cumbre del placer precisamente porque la sociedad la describe como la norma y el camino a seguir, pensando en la reproducción. La penetración es la norma en las relaciones heterosexuales porque puede conducir a la fecundación y al futuro nacimiento de un niño, no porque proporcione más placer.

No hay separación entre nuestro cuerpo físico y nuestro cuerpo social. Nuestras sensaciones, que creemos tan naturales, son también, en parte, construcciones. Así que si dejáramos espacio a otros discursos, a otros pensamientos, no cabe duda de que los deseos y las emociones también cambiarían.

La devaluación tiene efectos reales. La vergüenza causa daños físicos. La valorización de prácticas sexuales actualmente infravaloradas o desacreditadas tendría bellas y excitantes consecuencias.

Y dejemos de una vez la competencia de "mi orgasmo es mejor que el tuyo". Además, observo que nunca se habla de la calidad de los orgasmos masculinos, es un bloque monolítico que confunde la eyaculación con el placer.

Mis preguntas sobre la penetración no borran este hecho: muchas mujeres aman la penetración más que cualquier otra práctica sexual, la aman apasionadamente, la encuentran asombrosa, reconfortante, fabulosa (algunas tampoco tienen orgasmos a través de la penetración, pero siguen obteniendo placer de ella). Conocía a una mujer que sólo le gustaba esa y rechazaba el cunnilingus. A algunas mujeres les gusta la doble penetración, a algunas mujeres (y hombres) les gusta el fisting. Todo es posible. Todo debería ser audible. Si uno es hombre aliado de las feministas, debería escuchar a su pareja, y mejor que eso: preguntar, porque el peso social impide que algunas mujeres digan que no les gustan ciertas cosas y sí otras. No pensemos que si conocimos a una mujer o a un hombre al que le gustan los azotes, o al que le gusta la sodomía, o al que sólo le gusta la penetración, o al que le gusta atar (o ser atado/a), entonces éste será el caso de nuestra próxima pareja. Si tenemos una amante al que no le gusta algo o le gusta algo, entonces vayamos en esa dirección juntos, hablando e inventando. Hagamos de cada relación algo nuevo, sin prejuicios, una oportunidad para descubrir, cambiar y cuestionar. Confiemos plenamente en las palabras, los

gestos y los suspiros de nuestra pareja (me refiero a la pareja en un sentido amplio, tanto en el contexto de una relación duradera como de una aventura) y no juzguemos nunca sus deseos o su falta de deseos. Todo es posible, nada es obligatorio. Podemos hablar, descubrirnos, cambiar juntos, no olvidarnos. Una bonita relación depende de nuestra capacidad para hablar y acoger la singularidad de nuestra pareja, y para descubrir la nuestra: nuestras sensaciones, nuestras excitaciones y nuestros placeres no son bloques de mármol: pueden evolucionar.

Los hombres aprecian unánimemente la penetración (al menos públicamente, y sin duda a algunos hombres no les gusta -o no les gusta siempre- pero nunca se atreverán a decirlo, y es dramático callar, siempre dramático). Al fin y al cabo, obtienen placer de ello. Rara vez preguntan a sus parejas y amantes lo que piensan. La pregunta no existe o muy poco, y es efectivamente el poder de la dominación masculina el que hace que las preguntas sobre la sexualidad existan o no.

Sin embargo, es un hecho establecido: el disfrute a través de la penetración es mucho más raro que con el cunnilingus. En este sentido, la penetración vaginal es una práctica sintomática del genio humano: no funciona bien, no es la mejor manera de tener placer, y sin embargo es la norma.

Según el Informe Hite (un estudio seminal sobre la sexualidad publicado en 1976 que desmenuzaba algunas de las ideas comunes sobre el tema), sólo una minoría de mujeres (el 30%) tiene regularmente un orgasmo mediante la penetración vaginal exclusiva (estudios más recientes sitúan la cifra en el 18%). La mayoría de las veces es una práctica pobre para el orgasmo y, sin embargo, es constante y hegemónica -pero debería decir: es precisamente porque es ineficiente y da poco placer que es constante y hegemónica.

En definitiva, el objetivo de la penetración no es el placer de ambos miembros de la pareja, sino en primer lugar el del hombre, y luego eventualmente el de la mujer (además, la penetración generalmente cesa cuando el hombre alcanza su placer). Es el establecimiento de una relación desigual como modelo.

¿Uno imagina que si sólo el 18% de los hombres tuvieran placer y alcanzaran el orgasmo al penetrar una vagina con su pene, esta práctica estuviera tan extendida? Creo que sería todo lo contrario: la culpa se invertiría, se desacreditaría a los hombres que penetran (que no serían más inteligentes). Lo normal serían las caricias y el coito oral-genital y uno no pensaría que ese 82% de los hombres tiene un problema o que sus orgasmos son inferiores en calidad.

Así que repitémoslo una y otra vez: las mujeres que no se corren con un pene penetrando en su vagina no están enfermas, no están locas, no son insensibles, no son menos maduras, no son incompletas, no tienen un problema que resolver (en todo caso, no más que cualquier otro ser humano). Y si las dejáramos ser, probablemente vivirían su sexualidad con más serenidad y tendrían más placer.

Otro estudio (La Sexualidad en Francia), dirigido por Nathalie Bajos y Michel Bozon, nos dice que "las mujeres que declaran tener relaciones sexuales dolorosas no practican el sexo sin penetración más que las demás". Qué tristeza, pero ostras qué tristeza.

Lo sabemos y, sin embargo, ¿los blogs y las revistas hablan de la penetración como el Santo Grial? Veo detrás de esta insistencia en promover la penetración a toda costa y hablar del orgasmo clitoriano a través de la penetración vaginal como el objetivo final, la continuación de un proyecto político de sumisión y humillación de las mujeres. Para cambiar esto, todo el vocabulario de la sexualidad debería ser analizado, criticado, reinventado, y darnos la libertad de abandonar a veces las palabras clásicas "coger" y "penetración" y utilizar, por ejemplo, circlusión, una palabra inventada por Bini Adamczak que significa "englobar/envolver el sexo masculino a través de la vagina". La batalla también es lingüística. Nuestros pensamientos y palabras están involucradas en el cambio de la triste realidad sexual que es la norma hoy en día.

El estudio citado anteriormente también revela que "entre las mujeres, hay un cambio a partir de los 35 años con una preferencia por las caricias mutuas sobre la penetración vaginal".

Como vemos, la penetración no es la panacea.

El órgano del placer femenino, el clítoris, sigue considerándose un accesorio. Está ahí para excitar, proporcionar lubricación y facilitar la penetración. En casi todos los libros de ciencias naturales para la niñez, este órgano sigue invisibilizado, mientras que se menciona el glándulo masculino. Parece normal considerar que el clítoris no es suficiente, de ahí la invención del orgasmo "vaginal", y la pasión de las revistas y blogs por el punto G (compárese el número de artículos sobre el punto G con el orgasmo prostático, prácticamente ausente del debate público y de las conversaciones).

El clítoris es fabuloso, complejo y completo, es hermoso. Pero si la sociedad en su conjunto lleva siglos devaluándolo, combatiéndolo y ocultándolo, entonces no es de extrañar que su sensibilidad y su importancia se vea mermada, que los mandatos sociales contra el clítoris acaben funcionando y teniendo efectos físicos. Nuestros orgasmos son sociales.

También me parece que de tanto penetrar, de tanto pensar sólo en eso, nos olvidamos de todo lo demás, no vemos la extensión y la heterogeneidad del cuerpo. Penetrar es pasar por lo alto y huir. Es pensar que uno hace el amor cuando en realidad se deshace de él. Tengo la sensación de que penetramos para ocultar los sexos, para no verlos, como si fuera una vergüenza. Es una ceguera, una cortina de humo. Uno cree que se libera al penetrar, pero en realidad se oculta y esconde su sexualidad.

Por último, la penetración es un modo adaptado al capitalismo, a nuestros días robados por el trabajo, por las ansiedades y la competencia. Como hay poco tiempo para pensar en el amor, el pene en la vagina es práctico, dura un tiempo determinado, está calibrado, hay un principio y un final precisos, cumplimos con nuestro deber sin pensar y sin imaginar. La sociedad aplaude.

Tengo la impresión de que los hombres que están a favor de la penetración exclusiva tienen miedo de la sexualidad incontrolada, de la sexualidad que va más allá de los sexos anatómicos. Quieren mantener el control. Decir dónde debe ocurrir. Asignar un lugar. Trazar las fronteras y los límites. Les aterra una sexualidad que se desborde y sea una aventura, en definitiva, que no sea la tradicional o la de las películas porno (es básicamente lo mismo).

¿Y si actuar como un ser sexual significara tomarse el tiempo para explorar un cuerpo y hablar con el otro? No penetrar ofrece la posibilidad de disfrutar del espectáculo de los sexos que están ahí, hinchándose y deshinchándose, encontrándose, tocándose con las manos, la lengua y todo el cuerpo.

Sin penetración, todo el cuerpo está hipersensible y deliciosamente hiperactivo. Hacer el amor debería consistir en que los cuerpos se encuentren y se hablen.

Los hombres, como suele suceder, no entienden nada (nota: a mí me ha sucedido, y probablemente me sigue sucediendo a veces, en mi trato con las mujeres, he sido torpe, arrogante, penoso y estúpido).

Por ejemplo, se esfuerzan por aguantar el mayor tiempo posible, haciendo de la penetración un rendimiento por hora, sin importar lo aburrida que esté su amante. El sexo es esa parte de la vida social que parece poder prescindir del diálogo. Los hombres quieren meterse en el cuerpo de la otra a toda costa, la utilizan como objeto para su propio placer y a menudo el placer de su pareja es secundario. Dicen que están haciendo el amor, pero en realidad se están masturbando en cuerpos de mujeres (esta imagen no es mía, pero me parece muy reveladora). Como esos padres primerizos que presionan a sus compañeras para que tengan relaciones sexuales con penetración lo antes posible después de dar a luz, a pesar de que ella suele necesitar tiempo para sentirse bien con su cuerpo y con su sexo. Satisfacer su frustración es más importante que el placer de su pareja.

El patriarcado reina. A menudo la penetración reproduce la dominación del hombre sobre la mujer: el hombre sostiene a la mujer, su sexo está dentro de ella, él decide y dirige.

No cuestiono esta realidad: los juegos de dominación (esposas, vendas, charlas sucias, azotes, tirones de pelo, escenificaciones, ojos tapados, juegos de rol, etc.) también son apreciados y deseados por muchas mujeres. La sumisión es excitante. Juzgarlos sería olvidar que cada uno maneja la sexualidad que ha heredado en nuestro momento particular de la historia, y que no siempre es posible (o deseado) liberarse de ella: tomamos el placer que es accesible aquí y ahora, el

que nos corresponde. Y eso es alegre. No lo resolveremos todo en el presente. Pero, sin juzgar, sin renunciar a lo que obviamente nos gusta, podríamos introducir algo más, variedad, libertad, invención en nuestras sexualidades. Al menos, empezar y hacer un boceto. Que la sexualidad se convierta también en un lugar de imaginación y de intercambio de palabras. Una sexualidad libre no es esto o aquello. Puede ser esto y aquello.

Es habitual que los hombres cis piensen que han "conseguido" a una mujer cuando se han acostado con ella. La han sometido. Han ganado algo de ella, han tomado algo de ella. Muchos hombres heterosexuales disfrutan pensando que son superiores y dominan a las mujeres. Han penetrado, son victoriosos. Hasta que no hablemos de esto, hasta que no acabemos con todos los sentimientos de victoria y humillación, hasta que no avergoncemos este tipo de comportamientos e individuos, habrá pocos cambios en la relación entre mujeres y hombres.

Escribo este texto para educarme, para abrirme, para aprender a no seguir mis reflejos (por muy agradables que sean), para desobedecer mis primeros impulsos y los hábitos culturales de esta época, pero también para imaginar otra cosa. Parto de una preconcepción extremadamente favorable de la penetración: me parecía fabulosa, me parecía insuperable, nada podía competir con semejante delicia. Mi pensamiento ha evolucionado, al igual que mi sensibilidad. Sigo amando la penetración, pero ya no la sitúo en lo más alto del podio, de hecho ya no hay podio, hay que dejar esta visión olímpica de la sexualidad, esta clasificación permanente. Mis percepciones han cambiado. El cuerpo es una parte de la mente y si mi mente toma nuevos caminos, mi cuerpo lo sigue poco a poco, tropieza y vacila a veces, pero avanza. Mi cuerpo no está cimentado, mis sensibilidades no están fijadas para siempre. Tengo límites y neurosis, por supuesto, una historia que impide o complica ciertas cosas, estoy lleno de representaciones pero no soy intangible.

Las prácticas sexuales no están grabadas en piedra: son un hecho social y, por su propia naturaleza, evolucionan. La excitación de la dominación sexual está ligada a la historia de la opresión de los hombres sobre las mujeres. Si esta opresión desaparece a través de la lucha, podemos imaginar que la excitación de la dominación desaparecerá gradualmente. Surgirán otros deseos y se inventarán otros placeres, de los que quizá no tengamos ni idea.

Tengo la impresión de que la sexualidad de los conservadores y la de los progresistas y libertarios (digamos la gente de derecha y la de izquierda) es la misma, aunque estos grupos difieran en sus ideas y en sus comportamientos. Como si la sexualidad no pudiera ser un lugar y una acción del pensamiento político (peor aún: el juicio es muy común entre personas que se consideran de izquierda y liberadas, pero que en su sexualidad son gordofóbicas, por ejemplo, o seguidoras de fetiches - o rechazos - racistas o edadistas, como si el racismo o la gordofobia se volvieran aceptables siempre que se trate de la sexualidad). ¿Qué significa ser de izquierdas al hablar de

sexualidad? ¿Qué significa ser feminista cuando se trata de sexo?

¿No nos importa? ¿Deben permanecer separadas la sexualidad y la política? ¿Es demasiado complejo y contra intuitivo (después de todo, algunas feministas reivindican el BDSM mientras otras lo critican) para ser politizado simplemente? ¿O pensamos en ello, nos las apañamos y nos decimos que nuestro pensamiento actual producirá comportamientos diferentes más adelante? ¿Follamos ahora de forma diferente, inventamos una forma distinta de hacer el amor, intentando no reproducir demasiado los patrones del pasado, por muy placenteros que sean? ¿O es un poco de todo eso al mismo tiempo, pensamos, intentamos, tratamos de evolucionar como podemos y si podemos? A cada uno lo suyo, pero me parece tajante limitar el pensamiento y desestimar la sexualidad en el ámbito íntimo de un definitivo "hacemos lo que nos da la gana". Eso es un poco corto. Lo menos que podemos hacer es hablar y disfrutar del placer de debatir y producir nuevos pensamientos. No conformarse con el statu quo. Pienso, en particular, en los hombres cis y heterosexuales que, por estar en una posición de poder y de dominación estructural, tienen el deber de preguntarse y de leer textos y artículos feministas (manteniendo un cierto pudor de opinión y de expresión: hay que escuchar y aprender primero).

El encuentro de nuestros cuerpos no está aislado del resto de la vida social, así que la pregunta no es: "¿Es la sexualidad política?", después de todo no veo cómo algo no podría ser político, sino más bien: "¿Debería la sexualidad ser (también) el lugar de la crítica y la invención?". Desde mi punto de vista, la respuesta es sí. Entender que la sexualidad es creativa y política es una noticia emocionante, creo. Esto no impide que también disfrutemos de patrones más clásicos y arquetípicos hasta que hayamos alineado nuestros valores políticos con nuestras excitaciones. Cambiar nuestras representaciones lleva tiempo.

De momento, y por el placer de crear un terremoto, podríamos decidir colectivamente (imagino una sesión de la asamblea de las Naciones Unidas en Nueva York) una moratoria de la penetración para alterar el curso natural de las cosas. Que descubramos una sexualidad diferente durante unas semanas. Ya puedo ver las campañas de carteles: "¿Y si no penetras durante un mes?" Sería hermoso, divertido y alegre. Produciría pensamiento y debate, risas y argumentos, y fomentaría la invención. Sin duda, habría revelaciones. Sería el paso de Enlarge your penis a Enlarge your reality, en definitiva. Veríamos que es lo contrario de una limitación, sino más bien una apertura y una aventura sensual.

Un día, alabaremos esos momentos intensos de sexualidad en los que no hay penetración. Esas excitantes y desenfrenadas escenas de sexo sin pene en la vagina o el ano. Un día, veremos a un hombre acariciando a una mujer, a un hombre tomándose el tiempo de explorar su cuerpo, también veremos a una mujer simplemente pasando sus dedos por los pezones o el cuello de un hombre y diremos "¡Qué gran escena de sexo!"

No penetrar es dar un nuevo campo de juego a la imaginación: la aparente limitación nos libera de nuestros roles heredados de épocas en las que hombres y mujeres no eran considerados iguales. No penetrar es el signo de la sexualidad artista, porque las personas artistas están acostumbradas a sacar la libertad y las ideas de las limitaciones aparentes.

No se trata de hacer de la no penetración la nueva norma obligatoria, de sustituir una norma por otra, sino de incluirla entre los posibles actos del amor físico, con la misma importancia que la penetración. Que la penetración vaginal (o anal) ya no sea el alfa y el omega. Que la ausencia de penetración no se viva como un fracaso. Relajémonos, démonos placer, tomémoslo. Sospecho que habrá que esperar unas cuantas décadas más para que las cosas cambien. Las palabras preceden a la acción. Nuestros cuerpos son todavía territorios por descubrir y el encuentro de nuestros cuerpos un fenómeno apenas pensado.

Hablo aquí desde mi punto de vista como hombre heterosexual y cis (aunque dudo mucho de este estado, me siento tan poco "hombre"), con mi historia personal, limitada y caótica. Tengo un punto de vista particular y sesgado. No sé mucho sobre sexualidad: Escucho e intento aprender. Este libro no es una conclusión para mí, es la continuación de un cuestionamiento que continuará después de la publicación. Llevado por mi maldito espíritu de contradicción, puedo tomar atajos (y sé bien que la penetración puede ser sublime y compleja, que a veces generalizo, y que por supuesto #notallmen; este libro no lo dice todo sobre el tema). Pero hay un placer en defender descaradamente un prejuicio a contracorriente y desarrollar con un hermoso estrépito un punto de vista iconoclasta, político y crítico. Me parece que uno encuentra en otros lugares, y casi en todos, de hecho, elogios a la penetración. Si por una vez no es así, creo que la penetración se recuperará muy bien.

Estoy abriendo nuevos caminos para mí. Parece que estoy haciendo con la sexualidad lo que hice con otro tema hace unos años cuando dejé de comer animales: me di cuenta de que la norma servía para enmascarar el dolor, las emociones no escuchadas, la obediencia violenta a la norma. Así que cambié y dejé de comer individuos de otras especies. Veo vínculos entre el animalismo (más generalmente la crítica a la supremacía humana) y la crítica a la supremacía de la penetración (y más generalmente la crítica a la sexualidad normativa). Comer carne y penetrar sin preocuparse por el otro es la actitud de un ser que se aprovecha de su condición de dominante sin creerse dominante; es todo tan *natural* (uno se da cuenta de que el apego a las leyes de la naturaleza desaparece en la mayoría de las personas en cuanto se trata de su salud, en cuanto están tumbadas en el sillón del dentista o tienen que ser operadas). Mi actitud es, en todo momento, atacar a mi bando: los hombres heterosexuales, omnívoros y privilegiados, los fanáticos de carne y penetración,

los que dominan y destruyen el planeta. Es hora de pensar y criticar nuestros comportamientos que parecen tan perfectos y justificados. Somos catástrofes dotadas de lenguaje. Lo cual es sólo una mala noticia a medias.

Parte del problema es que nosotros, hombres heterosexuales y cis, no estamos educados para hablar de nosotros mismos, para escuchar, para convertirnos en seres emocionales, para abrirnos. Estamos educados para ser muros. Y además, ser machista aporta tantas ventajas sociales (al principio) que es lógico ir en esa dirección.

Una mañana, de paso por Estrasburgo, sentado en el café Les Savons d'Hélène, le pregunté a un amigo heterosexual y cis si le gustaba la penetración. Respondió inmediatamente:

"¡Ah, sí, por supuesto! Pues sí".

Así que aclaré mi pregunta:

"¿Y cómo te gusta que te penetren? ¿Con un dedo? ¿Con un consolador o un masajeador de próstata bien lubricado?"

Se tensó. No se había imaginado que estaba hablando de ser penetrado. Nunca. Nunca jamás. Pensaba en él mismo penetrando a una mujer. Dibujé la silueta de un hombre en una hoja de papel delante de él y le mostré que tiene un orificio (lo indiqué con una flecha) a través del cual él también podría ser penetrado y que podría darle placer. El ano.

Nunca había pensado en ello. Bueno, un poco, así. Fugazmente.

De hecho, el hombre prefiere no pensar en ello. Más exactamente: se niega a pensar en sí mismo como un ser penetrable. Se opone ferozmente a su propia penetración.

¿Por qué?

Al fin y al cabo, si la penetración puede dar placer a las mujeres, con más seguridad aún puede dar placer a los hombres. Es un hecho. La anatomía masculina está dotada de una próstata situada en la cavidad pélvica, debajo de la vejiga, por encima del perineo, delante del recto y detrás de la sínfisis del pubis. Este órgano es una potente zona erógena y una gran fuente de placer que puede conducir al orgasmo y a la eyaculación. Sin ir tan lejos (aunque la distancia no es muy grande, unos pocos centímetros, pero para la mente son años luz), el ano está especialmente innervado justo después de su entrada y, por tanto, es en sí mismo una zona erógena.

Los hombres no dudan en hablar de su placer, en defenderlo, en alabarlo, en magnificarlo. Y sin embargo, cuando les hablamos de un placer grandioso que ellos mismos se prohíben, miran hacia otro lado. A veces incluso se ponen pálidos. El deseo de su propia penetración está singularmente ausente en los hombres heterosexuales, que aparecen así como víctimas ridículas y paradójicas de su dominación. A menudo no dudan en empujar a sus parejas para que prueben la

sodomía (que también puede ser una práctica solicitada y deseada por las mujeres), pero en cuanto se trata de ellos mismos, se vuelven hipócritamente mojigatos. La mayoría de los hombres heterosexuales, aunque se declaran aventureros cuando se trata del cuerpo de otras personas, son puritanos con su propio cuerpo.

Su angustia es que no son lo suficientemente hombres, que no encajan en el cliché varonil. La virilidad para un hombre es esta prisión: demostrar a toda costa que no es una mujer, que no es afeminado, que penetra y no está penetrado. Eso es lo que está en juego para algunas personas: penetran para no arriesgarse a exponer su propio deseo de tener un dedo o un consolador en el ano, para no convertirse en un ser penetrable, es decir, en sus estúpidas mentes machistas: una mujer o un homosexual. Así que un ser dominado, débil. Ser considerado una mujer o un hombre gay sigue siendo el gran temor de los heterosexuales.

Algunos hombres heterosexuales conocen las delicias del placer anal y del orgasmo prostático, pero son pocos, y aún menos los que lo dicen abiertamente. La mayoría de nosotros no ha descubierto esta fuente de placer. Yo soy el primero: si sé que mi ano y mi próstata son órganos que dan placer, me niego a aprovecharlos y no quiero que mi pareja me penetre, ni siquiera con un dedo delicado, ni siquiera con un consolador ultra lubricado. Soy arcaico. A mi pesar, soy conservador y puritano. No me satisface, pero soy así, tengo una relación compleja y no resuelta con la sexualidad. Soy el tipo mismo de dicotomía entre las ideas anticonservadoras y los deseos más tímidos. Soy una especie de romántico puritano que, paradójicamente, es muy abierto y curioso. Estoy trabajando para evolucionar, pero todavía hay resistencias. Así que exploro lentamente. No hay prisa, no es una carrera. Lo noto: es como si mi cuerpo estuviera bloqueado y cerrado. La educación del cuerpo de un hombre es una educación a la insensibilidad. Qué cosa más trágica. No es de extrañar entonces que los hombres sean tan estúpidos en su relación con el cuerpo de las mujeres.

Para dejar de ser caricaturas y estatuas, los hombres tendrían que verse a sí mismos como seres penetrables, que desean con ansias este acto y levantan su culito en señal de invitación.

Por lo tanto, está claro que la sexualidad no es una cuestión de placer, de lo contrario las mujeres serían menos penetradas y los hombres más.

Hipótesis.

Quizás si disfrutaran de otras maneras, los hombres serían menos insufribles y arrogantes, quizás dejarían de creer en su superioridad sobre las mujeres (y el mundo y los animales). Tal vez mermaría su dominación, y les gustaría ser dominados por sus compañeras, y así la dominación sería un juego compartido y recíproco, y ya no una calle de un solo sentido (y tal vez un día

podríamos incluso tirar toda la dominación por la ventana, y la persona que es penetrada no se vería como dominada).

Los hombres heterosexuales dejarían su posición de concededores. Podrían preguntar a los hombres homosexuales, por ejemplo, pero también a las lesbianas (las lesbianas tienen más placer sexual que las mujeres heterosexuales, es un hecho que debería cuestionarnos, creo), a las mujeres heterosexuales, a las personas bi, trans, medio-sexuales, discapacitadas, asexuales, a cualquiera que viva una sexualidad que no sea la misma que la suya. Podrían leer sus textos y sus libros. Esta riqueza les aportaría cosas. Podrían, escuchando a los demás, convertirse en mejores seres humanos, más curiosos, más acogedores, más sensibles, bajarían la guardia. También podrían escucharse a sí mismos y hablar. Romper esta imagen agotadora y (auto)destructiva del hombre viril.

Por supuesto, desafiar la masculinidad no es sólo una tarea interna de los hombres, sino que también se trata de actuar en el contexto del amor y de la familia, por ejemplo, asumiendo la mitad de las tareas domésticas, cogiendo la baja paterna, cuidando más de la prole y, para todo el mundo, no valorando la masculinidad en la educación, y diciéndoles a los adolescentes que el amor no es sólo y no necesariamente la penetración.

Estar del lado de la norma debería ser visto como una violencia que te aísla del resto del mundo y te hace daño. Es un problema. Hay que solucionarlo, no disfrutarlo ni alardear de él.

Me sorprende que los hombres heterosexuales y cis no sientan más curiosidad por la sexualidad, que sean mayoritariamente partidarios de reproducir los mismos gestos y actitudes. Sin duda el miedo es grande y los llamados hombres liberados son prisioneros de su virilidad mojigata. Un seductor machista se asemeja al cliché de la dama victoriana temerosa de la sexualidad (sólo que más obtuso y con mucho menos gusto en la elección de sus corpiños). La categoría social que menos conoce la sexualidad, que tiene la visión más caricaturesca de ella, es la que domina a todas las demás. Y es esta simplificación la que le permite afirmar su poder controlando los cuerpos y los deseos, impidiendo la expresión de la complejidad y de la libertad.

El cuerpo humano es una zona erógena. Esto es bien reconocido cuando se trata de una mujer. Nuestras caricias, nuestros besos, nuestro aliento y nuestra lengua pueden recorrer todo el cuerpo de una mujer y provocar excitación y placer. Los hombres, en cambio, han conseguido que la gente crea y se engañe pensando que sólo su pene es una zona erógena. No concentraron su placer en un punto: lo aprisionaron.

¿Por qué los hombres se impidieron admitir la riqueza sensorial de sus cuerpos? Probablemente no parecía serio. Les habría exigido bajar la guardia. Y obliga a las mujeres a centrarse en la polla, por lo que las mantiene controladas, diciéndoles "va a ser aquí y no en otro sitio", impidiéndoles ser imaginativas a la hora de explorar el cuerpo de su pareja. Es una prueba

más de que, aunque el patriarcado sirva a la causa de los hombres, no está exento de un precio para ellos también: se hieren y se encierran, se previenen y se simplifican.

Los hombres aún no han nacido. Son un territorio que hay que descubrir (y descubrirse a sí mismo). No será fácil. Llevará tiempo. La subversión no está en esos hombres que hablan de sus "conquistas", llegará cuando un hombre hable de su felicidad al ser penetrado por su pareja o cuando cuente el infinito placer que le produce que le acaricien el cuello, los pezones o las piernas. Y que nadie se reirá, que nadie se burlará de él.

Lo cambiará todo.

Sin duda, habrá mujeres y hombres que se resistan a esta idea de un hombre sensible que rechace su posición dominante. Después de todo, la virilidad sigue siendo bien vista. Habrá mujeres que tampoco querrán penetrar a sus parejas ni verlas en esa posición. Esto es comprensible, creo. No se trata de exigirnos que cambiemos nuestra sexualidad inmediatamente (nuestros gustos y deseos ya están formados y puede ser complicado cambiarlos), sino de pensar, de abrir caminos y de hablar de ello.

Cambiará los roles en las relaciones hombre-mujer.

Se va a hacer un lío.

Eso es bueno.

Es hora de que la sexualidad sea múltiple, de desobedecer la tradición, la presión social y la limitación de las prácticas. Que la sexualidad deje de ser vista como algo vergonzoso o victorioso, como un medio, un pretexto para estigmatizar, burlarse, juzgar, clasificar o creerse superior o inferior a los demás.

Un día podremos decir, sin atraer burlas, reprobaciones o patologizaciones: "Hice el amor con esta persona: nos besamos y nos acariciamos la espalda", "Penetré a mi novio tumbado en la mesa de la cocina con un masajeador de próstata y fue precioso", "Llevamos diez años haciendo el amor juntos sin penetración y cada vez es más maravilloso, excitante y regocijante", "Tengo sexo una vez al mes y me encanta, es lo mío, es mi ritmo", "Tengo sexo todos los días y me encanta, es lo mío, es mi ritmo", "Mis mayores orgasmos son cuando mi novio me penetra analmente", etc.

Me gustaría publicar una especie de guía de sexo en la que las posiciones con penetración no sean la norma. De este modo, recordaría la diversidad de prácticas del Kamasutra original, que ya mencionaba las prácticas sin penetración. En mi Kamasutra, habría caricias en el brazo, besos en el cuello, masajes en los pies, masturbación, todo tipo de penetraciones, roces entre los omóplatos, rascaduras en la espalda, habría también diálogo y palabras y fantasías, habría dormirse contra el cuerpo del otro, habría también risas, abrazos y pañuelos, habría todo lo posible. Podemos imaginarlo todo y, finalmente, dejar la casa de hormigón para construir una de madera, viva, evolutiva, abierta, una casa que sería indistinguible de un jardín, una especie de abono donde se

plantarían semillas para dar nuevas formas a nuestras exploraciones y nuevos frutos a nuestra avidez aventurera.

Nota :

Más Allá De La Penetración (Au-delà de la pénétration) fue editado por Coline Pierré y publicado dentro del laboratorio editorial Monstrograph (www.monstrograph.com), creado por Coline Pierré y Martin Page. El libro pasó a manos de la editorial Le Nouvel Attila.

En su edición original en francés, testimonios alrededor de la penetración siguen el ensayo, así como una parte sobre el contexto de la escritura del libro y páginas de agradecimientos. Solamente el ensayo está traducido de momento.

Martin Page es escritor y editor. Es autor de novelas, ensayos y libros infantiles (www.martin-page.fr).

Con Coline Pierré (www.colinepierre.fr), han editado y publicado el libro culto de Pauline Harmange, Yo los hombres los detesto, el libro de Lou Sarabadzic, Poesía complaciente del lubricante, y el ensayo Nuestras existencias handies, del activista autónomo discapacitado Zig Blanquer.

Todavía no hay una edición en español de Más Allá De La Penetración. Por lo tanto, este libro se ofrece en versión digital, a la espera quizás de que algún día sea publicado por una editorial (¡no lo dudes si conoces a una editorial que pueda estar interesada!). Así que, por ahora, ¡puedes compartirlo tantas veces como quieras y con quien quieras!

¡Que tengas una buena lectura!

www.monstrograph.com

www.martin-page.fr

litterary agent : roxane.edouard@curtisbrown.co.uk

curtisbrown.co.uk

copyright Martin Page, Au-delà de la pénétration

